



1
2

2



BR 12

A 2

132889

COAST



1080014593



EX LIBRIS
HEMETHERII VALVERDE TELLEZ
Episcopi Leonensis

Tomada razón 25
EL CRISTIANISMO

VICTORIOSO, S

Y

TRIUNFO DE LA AMISTAD.

Escrito para los niños y personas que carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana,

POR EL P. D. RAFAEL ABOGADO
Presbítero del Oratorio de S. Felipe Neri
de México.



CON LAS LICENCIAS
DEL ORDINARIO Y DE LA CONGREGACION.

Imprenta del ciudadano Alejandro Valdés.
Año de 1823.

UNIVERSIDAD DE NUEVA LEÓN

Biblioteca Valverde y Tellez

LIBRIZI

A2

Dómine, si error est, quem credimus, á te decepti sumus: quoniam iis signis praedicta est religio, quae non nisi á te esse potuerunt.

Señor, si pudiera ser falsa nuestra fe, tú serias la causa de nuestro engaño: pues nos has obligado á creer lo que creemos con las pruebas invencibles que tú nos has presentado.

Ricardo de San Victor.

Ricardo

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE LEÓN
CALLE ALFONSO BURELA
R-63

DEDICATORIA

AL ILUSTRÍSIMO SEÑOR
MARQUÉS DE CASTAÑIZA,
OBISPO DE DURANGO.



ILUSTRÍSIMO SEÑOR.

Esta pequeña obra, que tiene por objeto evitar los descarríos de las ovejas de la grey de Jesucristo, y reducir á ellas las que se hayan extraviado, ¿á quién mas propiamente debe dedicarse que á uno de los pas-

88 004272

tores de este rebaño? Por tanto, V. S.
Illmá. acepte con benignidad el ob-
sequio reverente del que por títulos
justos y antiguos le es tan afecto,
y se reconoce con la mas alta consi-
deracion por el menor de sus servi-
dores, y capellan obediente

Rafael Abogado.

Rafe



FOUNDED BY
VALLEJO TELLEZ

132889

PRÓLOGO.

Solo el Profeta Jeremías con su pluma empapada en lágrimas amargas, y prorrumpiendo en sollozos y gemidos, podrá hacer una pintura espresiva de las desgracias de que nosotros somos tristes testigos. Ya no solo vemos aumentados con un exceso imponderable los vicios y los escándalos que han nacido en todos los siglos; sino que estamos palpando la apostasia que nos anunció S. Pablo. Parece que toda carne ha corrompido sus caminos, y que todo espíritu pretende enarbolar el estandarte de la iniquidad, y aun de la irreligion. En los dias desventurados en que vivimos, ¿qué no se escribe? ¿qué no se dice con el fin de extinguir la luz divina de nuestra fe? No se habla de la religion sino para combatir, de Dios para ultrajarlo, y de sus ministros para burlarse de ellos, y hacerlos despreciables y aborrecibles, con el intento de derribar el templo y el altar. Acerquémonos si no á las tertulias y concurrencias, y hallaremos, libertinos que se factan

de menospreciar la Iglesia y sus leyes, y que continuamente usan de sátiras contra la doctrina de Jesucristo, y contra su persona divina; pero el corazón pervertido es preciso que es hale su corrupción. Infinitos son los horrores que ha producido este manantial venenoso, luego que se ha sacudido el yugo de la religión.

Se ve con sumo dolor, que la elocuencia y la poesía sirven de adorno á las obscenidades mas abominables, y los errores mas escandalosos. Se ven correr de mano en mano libros extraordinariamente impíos, en que sus autores, que en otro tiempo hicieron profesión del cristianismo, vierten contra nuestro Redentor santísimo tales calumnias, y tales blasfemias, que ni los hereges mas sacrilegos, ni los gentiles mas obstinados, ni los judíos, acérrimos enemigos de Jesucristo, se atrevieron á proferir. Tratan los misterios divinos como fábulas y delirios, y desprecian como superstición el culto que se da á la Magestad inmensa y adorable de Dios. Unos dudan, y aun niegan la existencia de la divinidad; y otros que la admiten, se fingan un Dios ocioso, insensible, é indiferente so-

bre las operaciones de los hombres, que ni premia la virtud, ni castiga el vicio, y asientan que virtud y vicio no se distinguen sino en el nombre.

De aquí resulta, que como el corazón del hombre vicioso apetece todo aquello que lisongea su concupiscencia, y favorece su inclinación de quererse librar de la ley evangélica, que se opone á los apetitos desarréglados, muchos solicitan con ansia esos libros, que conceden libertad para los vicios: contribuyendo á esto una curiosidad inmoderada, el espíritu de la novedad, el empeño de conformarse con la moda de nuestros tiempos, y el anhelo de adquirir el renombre de erúditos y de ilustrados. Así es, que hombres sumergidos en el abismo de la ignorancia, y mugercillas que no saben ni aun manejar la aguja, sin entender lo que son cánones, ni disciplina de la Iglesia, y sin mas estudio que cuatro declaraciones de la doctrina cristiana, muy mal aprendidas en sus primeros años, levantando la voz sentencian en tono magistral, que la razón y las luces de nuestro siglo exigen imperiosamente la re-

forma en todo esto, y que deben limitarse las facultades de los Obispos y del Pontífice romano: y con hipocrésia de querer instruirse en las obligaciones cristianas, proponen maliciosamente dudas contra la fe, y muchas veces á presencia de personas igualmente ignorantes, con el estilo de un oráculo deciden sobre cuestiones muy difíciles de la teología, y terminan sus malos discursos calificando los dogmas de la religion de fanatismo, de preocupaciones, y de supersticion.

Los que vivan en los tiempos venideros escucharán y leerán con rubor y con indignacion nuestros delirios, y dirán justamente: la ignorancia, que en todos los siglos fué el freno mas eficaz para callar, en el siglo que se llamó de las luces fué el estímulo mas poderoso para hablar y decidir sobre todas materias, especialmente las que piden mas sabiduria: con lo que se dilató el imperio de la irreligion, de las blasfemias, de los desórdenes y de los vicios. Este fué el resultado forzoso de la soberbia y del charlatanismo.

Se observa, que muchas personas, particularmente jóvenes, leen sin escrúpulo al-

guno los libros y papeles de la falsa filosofia, y enamoradas de su elocuencia, de sus chistes, de sus bufonadas, y de sus pasages pintorescos, se aficionan á ellos; ven discursos formados con artificio, con astucia y con malicia, y como carecen de los conocimientos de los principios fundamentales de la religion cristiana, su entendimiento, sintiéndose inclinado con el peso de razones aparentemente verdaderas, comienzan por admiracion, pasan á las dudas, y vienen por último á sumergirse en el abismo del error, hasta desettar de las banderas del cristianismo.

Es una desgracia digna de lamentarse amargamente, que en un negocio de tanta importancia, y cuyas consecuencias son eternas, se proceda con tanta imprudencia. Debian primero imponerse en las razones que tiene á su favor la religion, y despues sentenciar con conocimiento de causa.

Finalmente, conociendo yo, que para algunas personas podia servir de pretesto, y para otras de impedimento para no leer las muchas y escelentes apologías, que se han escrito de la religion cristiana, que unos

de estos libros están en los idiomas latino, y
extrangeros, otros son voluminosos, y otros son
de mucho costo para la gente pobre, por lo
que deseaba ansiosamente que se escribiese
alguna obrita en nuestro idioma vulgar, y de
poco precio. Pero como de todas las defensas
de la religion, que han llegado á mis manos, y
de que he tenido noticia, ninguna es conforme
á mis deseos, resolví (á pesar de mi suma ig-
norancia) trabajar este pequeño escrito, arro-
jándome en los brazos de la Providencia, pa-
ra que me comunicáse las luces necesarias.
He procurado por lo mismo compendiar en
cuanto me ha sido posible, los fundamentos
que los teólogos llaman motivos de credibili-
dad, y proponer, y desvanecer algunas de las
principales objeciones y argumentos, que
oponen los enemigos del cristianismo.

Por tanto, hermanos míos muy amados,
recibid benignamente el obsequio que os pre-
senta no el entendimiento, sino la buena vo-
luntad de un hombre que dará su trabajo por
sobradamente compensado, con la reduccion
de algun infeliz que se haya extraviado del ca-
mino de la verdad, ó con que se evite el es-
travio de alguno que hubiese de descaminarse.



CONVERSACION PRIMERA.

Felix. Amado Victor, he venido volan-
do en alas de la amistad y del amor,
para estrecharte entre mis brazos despues
de una ausencia tan larga.

Victor. Felix queridísimo, no esperaba yo
menos del afecto que siempre me has pro-
fesado. ¿Vienes sin novedad? Dame pron-
to razon de los acontecimientos de tu via-
ge, que estoy impaciente por saberlos.

Fel. Si tú hubieras cedido á mis ins-
tancias, habrias sido testigo y partícipe de
ellos, y ahora me escusarias el trabajo de
referírtelos; pero te encaprichaste en no que-
rer acompañarme.

Vic. Confieso que ni tus persuaciones,
ni tus ruegos fueron bastantes á separarme
de aqui: porque cautivo en el imperio de